El pensamiento de Julio Antonio Mella. Inserción del marxismo leninismo en el pensamiento cubano del siglo XX

MSc. Iván Alfonso Tejeda

“…es necesario investigar, estudiar y promover la tradición nacional cubana y en especial cómo, por qué y sobre qué aspiraciones se enlazó en el siglo XX el pensamiento de Marx, Engels y Lenin.”

 Armando Hart.

El estudio del pensamiento y la cultura nacional constituye un reto para las ciencias sociales en Cuba. Ello le confiere un carácter inaplazable e imprescindible al análisis de las ideas que sustentaron los proyectos revolucionarios de otros momentos y que trascienden hasta nuestros días como referentes ideológicos y políticos, en momentos en que la confrontación ideológica adquiere particular agudeza y con frecuencia se distorsiona, malintencionadamente, la historia del proceso revolucionario cubano.

Tales razones compulsan a estudiar con detenimiento a figuras enmarcadas en determinada corriente, cuyos aportes en el ámbito de la teoría merecen ser sistematizados e incorporados al acerbo con que las generaciones actuales enfrentan las complejas tareas de la edificación de una sociedad nueva, teniendo en cuenta el actual contexto y las condiciones en que se produce, reproduce y difunde la ideología como instrumento de dominio.

El presente artículo persigue profundizar en el pensamiento que se gesta en la etapa posterior a los primeros 20 años de República neocolonial, en la que hace su irrupción una generación que ha crecido física e intelectualmente en el debate generado por la diversidad de interpretaciones con que la intelectualidad cubana de la época ha reflejado los destinos de la nación, desde la intervención norteamericana a finales del siglo XIX en la guerra entre Cuba y España, la instauración de una república neocolonial y el descrédito de los sucesivos gobernantes, fieles seguidores de la política imperial de Estados Unidos hacia Cuba, amparada en la Enmienda Platt.

Esta generación posee un referente socioeconómico y político de dos décadas, en las que el ideal emancipatorio se frustra por la posición entreguista de las élites de gobierno, que aceptaron un proyecto de dependencia impuesto, antes que defender los intereses nacionales y construir una sociedad independiente, en franca omisión a toda la herencia de pensamiento independentista que tuvo asiento en el siglo XIX, sintetizado en el proyecto martiano.

Particularmente destaca en dicha generación Julio Antonio Mella (1903-1929), cuyo nacimiento con el del propio siglo XX hace que se encuentre en plena adolescencia con esa herencia de pensamiento legada por su generación, a la que corresponde retomar la misma con nuevos bríos y convertirla en fuente teórica del ideal emancipatorio. Mella, quien ha sido más estudiado por su accionar político que por sus aportes como pensador, es reconocido por los estudiosos del pensamiento como uno de los fundadores de la corriente marxista en Cuba y América Latina.

Julio Antonio Mella es representante de una generación de cubanos que, nacidos a finales del siglo XIX o principios del XX, se plantea un nuevo enfoque de la realidad neocolonial cubana y de América Latina en las primeras décadas de la pasada centuria. Por lo tanto, el estudio de su pensamiento, su divulgación y utilización constante en las complejas tareas de la edificación socialista, constituye una razón para no apartarnos del legado de su corta pero fructífera vida, entregada a la causa de la Revolución.

Sus aportes al pensamiento político social cubano y latinoamericano, utilizando para ello los fundamentos del marxismo y el leninismo, en fecunda articulación con las ideas del humanismo revolucionario y muy especialmente con el ideario martiano, como síntesis del decursar ideológico de la epopeya emancipadora decimonónica, produjeron un viraje radical en los estudios sobre la realidad cubana y latinoamericana, al superar las insuficiencias del pensamiento de carácter contestatario y las propuestas de solución a la situación neocolonial que habían proliferado entre la intelectualidad más progresista de las primeras tres décadas del siglo XX en Cuba; entiéndase el antinjerencismo y el antimperialismo de carácter liberal burgués.

En cuanto al pensamiento que le antecede, Mella se percata de la necesidad de rescatar el legado martiano para utilizar su enorme caudal ideológico como una riqueza teórica a tener en cuenta para el nuevo proyecto de sociedad que se planteaba. Sus conocidas Glosas al pensamiento de José Martí, escritas en 1926, denotan la imperiosidad que atribuía al estudio y aplicación consecuente de ese pensamiento como una necesidad para incorporarlo a la práctica revolucionaria de su época como elemento esencial de nuestra cultura, pero dialécticamente asimilado para evitar el fracaso de su interpretación y aplicación descontextualizada. Por ello proponía que el estudio de la realidad cubana de entonces debía contener “un análisis de los principios revolucionarios generales de Martí a la luz de los hechos de hoy.”

Desde temprana edad sus inquietudes revolucionarias lo colocan cerca del legendario líder Carlos Baliño y se estimula por el estudio de la obra del más insigne representante de la tradición de pensamiento democrático revolucionario cubano en el siglo XIX: José Martí, a la vez que se acerca al marxismo leninismo, el cual asimila de una forma creadora, logrando superar a una generación antecesora que ya había trabajado en la difusión de las ideas del socialismo en América Latina, pero aún con la insuficiencia de emplear el instrumental teórico del marxismo como propuesta inflexible, desde donde pretendieron modernizar las sociedades latinoamericanas, sin una visión dialéctica de las condiciones en que debían adecuarse sus fundamentos al estudio concreto y la transformación de las mismas.

Mella acude al rescate de la prédica martiana desde una posición marxista, no a partir de las diferencias entre el ideario martiano y el marxismo leninismo, sino a partir de la síntesis de estos dos proyectos como expresión del ideal humanista emancipatorio contenido en ambos. Así lo ha reconocido Cintio Vitier cuando al referirse a este momento crucial de simbiosis en el pensamiento revolucionario cubano apunta que “… el marxismo empezó alimentándose de un substrato original, no sólo en función de las necesidades y esencias patrias, sino también permeado de una espiritualidad que le venía directamente de Martí.”

Por lo tanto, Mella supo integrar ambas aportaciones teóricas: las de Marx, Engels y Lenin y las de Martí, aunque logra una aprehensión del marxismo-leninismo en circunstancias poco favorables para ello, pues la escasez editorial de los textos clásicos conspiraba contra la divulgación de ese pensamiento, cuya esencia teórica era tergiversada por las manipulaciones prejuiciadas con que la intelectualidad burguesa liberal reformista de la época reproduce el proceso de la Revolución de Octubre, la fundación del primer Estado de obreros y campesinos, el socialismo y su evolución hacia una sociedad superior, así como la figura de Lenin en este gigantesco salto de la historia, además del descrédito a que eran sometidas las figuras de los fundadores del marxismo en la producción teórica de la época.

Hay que tener presente lo anterior para entender cómo esta interpretación que hace Mella de las influencias llegadas a América en la etapa siguiente a la transformación revolucionaria en la Rusia zarista, más las carencias teóricas que por las razones antes expuestas podía tener del marxismo, en ocasiones limitaron sus análisis, lo que no constituyó obstáculo para la radicalización de su pensamiento en un breve periodo de tiempo que lo convirtieron en un pensador de talla continental, junto a otros correligionarios de generación como el peruano José Carlos Mariátegui y el argentino Aníbal Ponce, cuyos aportes al pensamiento de la emancipación aún mantienen vigencia plena.

El presente artículo contiene parte del análisis de la obra teórica de Mella más vinculada a las tesis centrales del marxismo-leninismo: la comprensión materialista de la historia, la teoría sobre las clases y la lucha de clases, así como la misión histórica de la clase obrera y la teoría de la revolución social. También se incluye un bosquejo general de los certeros análisis que Mella realizara en su tiempo sobre el imperialismo, su carácter expansionista, y el rol hegemónico propuesto en su política hacia la región. De hecho, constituye el primer enfoque marxista que se hace en Cuba de este fenómeno, que lo llevó a ser considerado como “la figura más descollante en toda la América Latina de la ideología antimperialista, que tomaba el análisis científico de Marx y Lenin como punto de partida para su actuación.”

Mella, como figura del pensamiento que se eleva sobre los que le anteceden en la explicación de los problemas que aquejaban la sociedad cubana de inicios del siglo XX, logra una conjunción a la que no llegaron ni el antimperialismo ni el antinjerencismo liberal burgués de la época. Se trata de la síntesis que hace del antimperialismo con sus ideas sobre el socialismo como destino inexorable de la historia, pues la praxis política en función de la construcción de la sociedad socialista se convirtió muy temprano en objetivo supremo de su accionar, definido ya desde la temprana edad de los 21 años cuando arriba a una conclusión que le acompañaría hasta el fin de su vida. “En Cuba, a los cuatro lustros de República (…) tenemos un problema que sólo una nueva y moderna revolución puede solucionar.” Y en toda su producción teórica no concibe otra revolución que no sea la de obreros, campesinos, intelectuales revolucionarios y todos los demás sectores interesados en ser coprotagonistas de lo que en otro momento calificara como “el próximo paso de avance en la historia”, o sea, la revolución socialista.

Vale destacar que para desentrañar el contenido de la producción teórica de Mella, la misma ha de estudiarse desde su estilo personal, pues no es un autor que destaca por voluminosas obras o tratados sobre filosofía, política o sociología. El ensayo corto y el artículo son sus formas preferidas, a través de las cuales expone sus puntos de vista y criterios más diversos. No olvidemos que la inmediatez concedida por él a las tareas revolucionarias le impregnó una dinámica a su vida para la cual estos estilos literarios le resultaban apropiados.

Esos escritos cortos van plasmando no sólo su adhesión a los fundamentos de la teoría marxista, sino que la asume creadoramente para explicar los procesos económicos, políticos y sociales propios de una sociedad neocolonial, para, desde ese análisis proponer la solución que más se ajustaba a la situación de bochornosa dependencia en que se hallaba Cuba y Latinoamérica. Específicamente, refiriéndose a nuestro país la caracterizaría como “una hipoteca sobre nuestra Independencia con la Enmienda Platt (…) una democracia trasnochada en completo fracaso, en el orden político, y en el económico el estrangulamiento por poderosas empresas sajonas.”

Debe tenerse presente además, que una gran parte de esa producción corresponde a su etapa del exilio, donde asumió responsabilidades en el Partido Comunista mexicano y colaboró en la organización del movimiento obrero en aquel país, sin desentenderse de lo que ocurría en Cuba ni en el continente que le llevó a nuevas creaciones no sólo en el ámbito de la teoría, sino en el de la práctica, para el desarrollo de la revolución en Cuba. Tal es el caso, por ejemplo, de la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos (ANERC).

En cuanto al tratamiento que Mella hace de las tesis centrales del marxismo-leninismo en su producción, debe plantearse que hay una sistematización en diferentes artículos a través de toda su vida, pero especialmente en lo que a la comprensión materialista de la historia se refiere, ya en el año 1924 se publica su artículo “La última farsa de políticos y patrioteros”, donde señala: “…la transformación para ser real y justa tiene que ser destruyendo el sistema económico. Hacia ahí van nuestros dardos.”

A esta certeza logra arribar después del estudio realizado hacia el interior de la sociedad cubana, sus deformaciones estructurales y la dependencia del capital foráneo que agudizan la situación socioeconómica y polarizan cada día más el tejido socioclasista de la isla.

No se trata, por tanto, de una aplicación mimética de ciertos postulados para intentar entender una realidad dada, sino de una interpretación crítica de esa realidad con la ayuda de esos fundamentos, recurriendo a un pensamiento que logra una simbiosis de autoctonía y universalidad en función del esbozo de un proyecto de sociedad superior, pero partiendo de la transformación de las relaciones de producción capitalistas, para estructurar una nueva base económica y comenzar a edificar la sociedad socialista.

Meses más tarde, en ese mismo año 1924 se publicaría un artículo suyo: “Los nuevos libertadores”, de mucha valía para comprender su concepción sobre la misión histórica del proletariado como fuerza social redentora, no sólo en Cuba sino en el mundo entero, partiendo de su posición como productores en el sistema de economía social capitalista, pero desposeídos de los medios de producción. Idea esta que denota la comprensión del rol hegemónico de la economía en la historia de la sociedad cuando plantea: “El eje de la historia es el factor económico.” Es decir, concede primacía a las condiciones objetivas, pero sin menospreciar el papel de los factores subjetivos en la concepción y la preparación misma de la revolución socialista.

Algo importante a señalar en relación con el papel que Mella le adjudica a la base económica como motor impulsor de la historia, es su concepción del socialismo como el régimen que deberá sustituir al capitalismo. Entiende la causa del socialismo como la gran causa universal de todos los oprimidos desde una perspectiva emancipatoria, pero alertando también sobre el peligro de no contextualizar debidamente las ideas socialistas que podía conducir en algún momento a reproducciones estériles de ciertos modelos que no se ajustaran a las condiciones históricas concretas de nuestros países. En este artículo plantea al respecto: “La causa del socialismo es la causa del momento (…) El sólo obstáculo es saberla adaptar a la realidad del medio”. Es decir, que concibe también el papel del factor subjetivo y la relativa independencia de las ideas con respecto a las condiciones económicas de las cuales constituyen un reflejo. Por lo tanto, el socialismo para él no puede constituir otra cosa que el resultado de la interpretación dialéctico materialista del contenido de la necesidad histórica en cada contexto y momento.

El marco teórico de este artículo le exigió puntualizar su posición con respecto a la comprensión materialista de la historia, esa conquista del pensamiento científico de Marx que al decir de Lenin “… trazó el camino del estudio científico de la historia concebida como un proceso único y lógico.” Por lo que la misma figuró como cimiento del arsenal teórico e ideológico de la sociedad que proponía para superar el bochornoso sistema impuesto por el imperialismo norteamericano en la región, consciente de que la historia de América Latina no concluye “… en las guerras de independencia que han producido estas factorías llamadas Repúblicas…”

Otro aspecto importante tratado por Mella en numerosos artículos lo constituye el relacionado con la teoría de Marx sobre las clases sociales y la lucha de clases, en análisis muy contextualizado que le aporta a esa teoría la riqueza proporcionada por una realidad diferente a la del capitalismo industrial de mediados del siglo XIX en Europa, tanto en su grado de desarrollo como en sus conformaciones socioclasistas y, por ello, donde las contradicciones de clase adquirían nuevas aristas que obligaban a repensar la táctica y la estrategia de la lucha revolucionaria.

Mella es continuador de la tesis de Marx sobre la existencia de las clases vinculada al desarrollo de la producción material. Así lo propone en un artículo escrito en diciembre de 1928, publicado en El Machete, a propósito de un debate sobre el papel de la clase media mexicana en la lucha revolucionaria en aquel país. Su visión sobre el tema, siguiendo la línea de Marx, la deja explícita cuando afirma: “Para que el estudio sea fructífero debemos hacerlo desde el punto de vista de sus relaciones con la producción (…) Fijarse en otra cosa que no sea el régimen de producción para dividir la sociedad en clases es pura literatura y no sociología materialista.”

En este artículo se aprecia, por un lado, la coincidencia en el orden teórico con el contenido de la carta enviada por Marx a Joseph Weydemayer y, por otro, la respuesta en el orden práctico que el mismo proporciona para comprender el papel de la clase media en las luchas de la convulsa sociedad mexicana de entonces, con el interés de dotar al movimiento obrero mexicano de una concepción lo más integral posible sobre las potencialidades contenidas en el espectro socioclasista de finales de la década del ‘20, para enfrentar las complejas misiones de la revolución en aquel país.

Mella entiende que en las condiciones de una sociedad dominada por el capital, la lucha de clases tiene como principal protagonista a la clase obrera y en numerosos artículos hace alusión a la gran misión histórica de la misma en la lucha por lograr con su independencia, la independencia de todas las demás clases igualmente explotadas por el capitalismo. Esta idea en torno a la centralidad de la clase obrera la expone Mella en 1924, siendo muy joven aún y mostrando ya una gran madurez política, cuando señala: “La causa del proletariado es la causa nacional. Él es la única fuerza capaz de luchar con probabilidades de triunfo por los ideales de la libertad en la época actual.”

Pero esta confluencia suya con las tesis de Marx va más allá del plano puramente teórico, pues son aplicadas creadoramente y para ello Mella tiene en cuenta las características del proletariado en América, su escaso desarrollo como clase, tanto en el orden cualitativo como cuantitativo, su concentración en escasos polos de desarrollo capitalista y una mayor dispersión en el contexto rural, lo que obstaculizaba su organización y concientización para la lucha revolucionaria, por lo que proponía desarrollar la superación teórica de esta clase como necesidad indiscutible para su fortalecimiento ideológico. Así se deja ver en los Estatutos de la Universidad Popular José Martí, de la cual fuera fundador, cuando se alude a la necesidad de “… formar en la clase obrera cubana y en cuantos acudan a sus aulas una mentalidad culta, completamente nueva y revolucionaria”.

No obstante, pese a todos los obstáculos derivados del insuficiente desarrollo del factor subjetivo en nuestros países, mantuvo siempre su convencimiento en torno al papel protagónico de la clase obrera como fuerza social dotada de la capacidad para enfrentar el gran reto que significaba llevar a vías de hecho la revolución socialista, pero adoptó una postura dialéctica al adecuar las tesis contenidas en el Manifiesto Comunista a la sociedad cubana y latinoamericana de entonces, e incorporar un sujeto revolucionario de amplio espectro al movimiento por la revolución, que incluía a los campesinos, a los intelectuales y a otros segmentos sociales simpatizantes con la misma.

Por ello, la exposición de algunos elementos teóricos acerca del sujeto de las transformaciones revolucionarias planteados por Mella está estrechamente vinculada a la teoría sobre las luchas de clase hoy en el mundo y así consideramos necesario abordarlos en dialéctica conjunción, para apreciar cuánto hubo de aporte en este sentido en su pensamiento, o cuánto de convergencia o de divergencia hay entre sus puntos de vista sobre este asunto en su época y el análisis a que nos convoca la actual realidad internacional.

Su concepción del sujeto multiclasista demuestra la inusitada rapidez con que evoluciona su pensamiento político, lo que le permite reflejar fielmente las contradicciones de su época y actuar en consecuencia.

En un artículo escrito presumiblemente el 1925, “Cuba: un pueblo que jamás ha sido libre”, señala: “Obreros de todos los matices, campesinos, estudiantes, intelectuales libres, son invitados a formar parte de un frente único contra el enemigo común.”

Resulta interesante el término empleado por Mella, “obreros de todos los matices” y no sólo obreros identificados ideológicamente con el marxismo o de tendencia socialista, lo que denota una vez más su apego a la idea del papel rector de la clase obrera en la revolución.

Un año después, en 1926, publica el “Mensaje a los compañeros de la Universidad Popular”, en el que Mella reafirma su concepción del frente único multiclasista para estructurar un sujeto revolucionario de base amplia. “Obreros, campesinos, intelectuales. Vosotros lo producís todo. Si lo producís todo, producid en fin vuestra liberación y la de todos los oprimidos. La Revolución Social.”

En correspondencia con estos puntos de vista, Mella también desplegó una importante labor en función del reconocimiento de las luchas antimperialistas en nuestro continente por parte del movimiento obrero internacional. Es así cómo bajo coauspicio suyo se aprueba la Resolución sobre América Latina en el Congreso Mundial contra la Opresión Colonial y el Imperialismo, celebrado en Bélgica en 1927. En el mismo se reconoce cómo “[l]a base de la lucha contra el imperialismo se encuentra en las masas obreras y campesinas (…) Pero como el problema del imperialismo es el problema capital en América Latina es necesario que todos los elementos progresistas se interesen por esta lucha: los intelectuales, los estudiantes y la clase media, también afectados económica y políticamente por la penetración del imperialismo.”

Dicha resolución reconoce como válida para la lucha revolucionaria en el contexto latinoamericano una base social más amplia, pues en el terreno práctico la confrontación con el imperialismo y sus gobiernos lacayos en la región había adquirido magnitudes nacionales importantes que no podían dejar de reconocerse. Tal es el caso de la Revolución Mexicana, las luchas populares en El Salvador y Brasil, la guerrilla antimperialista de Sandino en Nicaragua y el auge de la lucha antimachadista en Cuba, por mencionar algunos movimientos. Y ese reconocimiento a la beligerancia de los sectores populares en la lucha antimperialista en América Latina implica un reconocimiento a los postulados de Mella en cuanto a su concepción dialéctica del sujeto de la revolución en nuestra región.

En el año 1928, envuelto en los avatares del movimiento obrero mexicano escribe el artículo “Cómo interpreta el laborismo la lucha antimperialista”, en el que reafirma su vocación dialéctica a la hora de conformar la base social de esta lucha, donde una vez más desecha toda exclusión de sectores no comunistas. Dice: “…somos partidarios de trabajar en las organizaciones susceptibles de revolucionarse, en todos los organismos que cuenten con masa obrera y campesina o elementos revolucionarios.”

Obsérvese que en su concepción de la lucha de clases no clausura, no pone límites, abre el espectro; pues, además de a obreros y campesinos, convoca a todo tipo de “elementos revolucionarios” que puedan aportar a la causa de la emancipación definitiva.

Lo primero que llama la atención es que en su concepción sobre el sujeto no sitúa límites clasistas, sino que habla de todo el conglomerado social que algo puede aportar. Más concretamente señalaba que para la concreción de una revolución socialista era necesario movilizar todas las fuerzas progresistas. Como vemos, ni siquiera la lucha por la revolución socialista la entiende como obra de los comunistas o las fuerzas más radicales dentro del conjunto socioclasista opuesto al capitalismo. Mantiene una postura de amplio espectro, donde a pesar de posibles diferencias se reúna consenso para tales objetivos. Es ajeno, por tanto, a todo sectarismo que pueda debilitar el movimiento revolucionario.

Incluso, en este concepto de fuerzas revolucionarias que integra a obreros, campesinos, estudiantes e intelectuales de vanguardia, Mella incorpora los amplios pueblos originarios de población indígena, propio del contexto latinoamericano. El tratamiento de este segmento de población, mayoritario en los pueblos de Centro y Sudamérica y, por este motivo, con un peso significativo en el conglomerado social comprometido con el cambio social, fue más desarrollado por su compañero de generación José Carlos Mariátegui en sus Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana, publicado en 1928. O sea, que a pesar de no vivir en un medio social con apreciable componente indígena en su población, sí comprendió la problemática indoamericana e incluyó el componente indigenista en su concepción del sujeto revolucionario, en feliz coincidencia con su correligionario.

Este legado de Mella en torno a la dialéctica de la lucha de clases adquiere plena vigencia en el contexto actual, pues la agudización de la confrontación entre trabajo y capital en nuestros días se desenvuelve en el marco de una realidad dominada por el capital transnacional globalizado, que vuelve muy heterogéneo el tejido socioclasista con diversidad de orientaciones ideológicas que es necesario encausar para aprovechar todo su potencial transformador.

Este tema es tratado en la Conferencia Internacional Carlos Marx y los desafíos del siglo XXI, celebrada en el año 2003, al plantear: “El sujeto actual se está conformando a partir de nuevas relaciones que se establecen en la lucha de clases, en los movimientos sociales y en las organizaciones políticas a partir del respeto a su diversidad y autonomía (…) Se requiere la unidad de los sujetos y la necesidad de reconstruir un espacio de acción con base en la construcción colectiva.”

Se aprecia así la validez de los principios aplicados por Mella en su época para definir el sujeto revolucionario en las condiciones de una sociedad neocolonial, pues aún en nuestra época se reconoce la tendencia que muestra la lucha anticapitalista en el mundo en cuanto al sujeto multiclase, a pesar de todas las incoherencias ideológicas y escasez de proyectos de superación del capitalismo que puedan presentar estos llamados “nuevos actores” o “movimientos sociales” o “grupos anticapitalistas” que han proliferado en el contexto de la lucha actual, como expresión de la agudización de la contradicción fundamental del capitalismo.

Si bien Mella concibe el sujeto colectivo, a partir del propósito central de transformar la sociedad capitalista en su momento, fue capaz también de caracterizar otras clases y segmentos sociales en el contexto latinoamericano y cubano de las que no se llegaría a tener una colaboración y que por tanto no incluye en su visión del sujeto revolucionario. Especialmente se refiere al papel del sector conformado por las pequeñas burguesías nacionales, las cuales demostraron ser acólitos del imperialismo, más proclives a plegarse a los intereses del capital foráneo que a tomar parte en los procesos de independencia real de sus naciones.

En el ensayo “¿Qué es el ARPA?” asegura: “Tampoco hay nada que indique la necesidad de tener una fe ciega en las pequeñas burguesías del continente (…) Ellas abandonan al proletariado y se pasan al imperialismo antes de la batalla final.”

En las condiciones de cambios que vienen experimentándose en varias sociedades latinoamericanas, se hace evidente la postura de los sectores más reaccionarios de la burguesía y las depuestas oligarquías nacionales. Por lo que, independientemente de la posición que asuman algunos segmentos específicos dentro de las burguesías nacionales en América Latina en relación con el apoyo a los procesos de cambio, de rescate de la soberanía y la independencia económica y política, hay un poderoso sector opuesto por todas las vías disponibles a los programas instrumentados por los gobiernos nacionalistas que han iniciado esos procesos y que además, arrastran con su hipócrita propaganda nacionalista a sus correligionarios de clase.

Pero además, el término “pequeñas burguesías del continente” Mella lo emplea más en el sentido de diferenciar las burguesías latinoamericanas de la burguesía en los países desarrollados, cuyo poder económico es varias veces mayor. De ahí que los enfoques de Mella sobre tan compleja problemática van acompañados de una dialéctica de pensamiento que ameritan su estudio en las circunstancias actuales del gran debate latinoamericano, en el que de nuevo vuelve a mostrarse la realidad de las oligarquías comprometidas con el imperialismo, promoviendo todo tipo de acción; incluso hasta las más violentas, para impedir la consolidación de los gobiernos que implementan proyectos de modernización de sus sociedades con criterio de justicia y de inclusión social.

Puntualizando sus ideas en torno a la revolución social socialista, debemos decir, en primer lugar, que Mella define muy bien su carácter vinculado a la solución del problema de la propiedad cuando apunta: “Por socialismo debe entenderse la socialización de los medios de producción. Esto solamente se puede hacer tomando el obrero y el campesino el poder.”

Y, en segundo lugar, muestra una clara visión sobre el determinismo de la revolución, expresada en el artículo “Los nuevos libertadores”, publicado en 1924, donde ya reconoce que el factor económico constituye la base esencial del movimiento de la historia, para continuar desarrollando este enfoque marxista, al reconocer que: “La Revolución Social es un hecho fatal e “histórico, independiente de la voluntad de los visionarios propagandistas”.

Este enfoque ha originado interpretaciones sobre su pensamiento, que alude a la inexactitud de un determinismo fatalista, pero al continuar profundizando en su concepción se aprecia que no se detiene en la estrechez que se le imputa, pues al establecer las fases de la revolución lo hace describiendo una fase insurreccional y una vez triunfante, ella entraría en lo que denomina fase constructiva, donde entrarían a jugar un rol fundamental las ideas.

No desconoce por tanto, la acción necesaria del factor subjetivo en la preparación de la revolución y así lo reconoce en carta a Sarah Pascual, cuando le asegura: “Lo importante no es pensar que vamos a realizar la revolución dentro de unos minutos, sino si estamos capacitados para aprovechar el momento histórico cuando este fatalmente llegue...”

Con ello reconoce que junto a la acción, el pensamiento que se promueve alrededor de determinada ideología es vital para una revolución, con lo que su pensamiento adquiere vigencia total para los desafíos actuales y futuros de la Revolución Cubana.

Una particularidad en el pensamiento de Mella es haber arribado a la conclusión acerca de la necesidad de la revolución social, a partir de las nociones juveniles sobre el movimiento de la Reforma Universitaria, que evolucionan en él con rapidez vertiginosa, de una fase liberal a la fase socialista.

Desde edades tempranas se percata de la necesidad de la lucha cultural, contra la hegemonía que las clases dominantes en Cuba y América Latina habían impuesto a sus pueblos, condenándolos a la más completa ignorancia, como parte de la estrategia de dominación de las oligarquías del continente en contubernio con el imperialismo yanqui. Pero rápidamente vinculó las luchas por la Reforma Universitaria con la gran problemática social de Cuba y de América Latina.

En una primera etapa, Mella considera como problema inmediato de la reforma la autonomía universitaria, con lo que se lograría desterrar del recinto académico la corrupción, los vicios y la enseñanza anquilosada, que lejos de enaltecer la universidad la degradaba.

A partir del presupuesto de la necesidad insoslayable de la Reforma Universitaria, Mella transita a una posición coherente con la situación de Cuba y América Latina, conectando con originalidad la reforma del sistema de enseñanza universitaria con la de todo el sistema en general, es decir, con la revolución social. Al respecto plantea: “... la reforma universitaria debe acometerse con el mismo concepto general de todas las reformas dentro de la organización económica y política actual (...) La condición primera para reformar un régimen –lo ha demostrado siempre la historia- (...) es la toma del poder por la clase obrera portadora de esa reforma. Actualmente la clase portadora de las reformas sociales es la clase proletaria.”

Es por ello que, según sus puntos de vista, la emancipación cultural y científica llegaría cuando las instituciones representativas de la verdadera ciencia y la cultura se emanciparan con una revolución social proletaria. Al respecto, resulta muy ilustrativa su concepción cuando dice que: “… la Reforma Universitaria no podrá ser definitiva con este régimen social, ni (…) los estudiantes podrán, ellos solos obtener todos sus fines, (…) la Reforma Universitaria es parte de una gran cuestión social, por esta causa, hasta que esta gran cuestión social no quede completamente resuelta no podrá haber Nueva Universidad.”

No menos vinculado a su concepto de la Reforma Universitaria se hayan sus esfuerzos por concretar un proyecto de Universidad Popular, que como él mismo planteaba, destruyera el monopolio de la cultura, pues estaba consciente de la necesidad de dotar a la revolución de una base cultural que la promoviera a nuevos niveles de emancipación social. De esta forma, la Universidad Popular "José Martí" tuvo el mérito de constituir el germen de una integración necesaria entre estudiantes y obreros en torno al ideal emancipatorio, a la vez que vía de superación cultural e ideológica para ambos.

Mella insistía en que resultaba imposible crear una sociedad libre, sin una cultura ciudadana que promoviera los cambios sociales necesarios para ello. “Nuestra cultura y nuestros esfuerzos –afirmaba- tienen como fin revolucionar las conciencias de los hombres de Cuba para formar una nueva sociedad.”

Su pensamiento en tal sentido sigue teniendo validez hoy, en momentos en que la producción y difusión del conocimiento, base necesaria para la formación de una cultura general integral, trasciende el marco del recinto académico tradicional y nuevas tecnologías acuden para eliminar barreras geográficas que han constituido obstáculos al desarrollo cultural, todo ello cifrado en el objetivo de perfeccionar y desarrollar la nueva sociedad cubana.

Resulta significativo que al abordar el asunto de la Reforma Universitaria, Mella esboza una concepción más general del vínculo entre revolución y reforma, un controvertido tema de debate en el seno del movimiento obrero y comunista internacional de la época, en torno al cual se produjeron diversas interpretaciones, con las correspondientes actitudes en el plano de la praxis política.

La crítica demoledora a que somete el reformismo en el ámbito de la lucha antimperialista, fundamentalmente representado en la línea promovida por la Alianza Revolucionaria Popular Americana (ARPA) y el falso nacionalismo de las burguesías nacionales en el continente, le permitieron ver en las reformas elementos positivos que la clase obrera no puede desestimar en su estrategia y táctica de lucha contra el capital, según corresponda a cada contexto y momento. Mella no renuncia a la utilización en sentido revolucionario de la reforma, pero no simpatiza, por sus insuficiencias teóricas y prácticas con la variante del reformismo, convencido de que en nuestro medio social constituye una opción limitada, a partir de la cual no es posible estructurar un proyecto de verdadera independencia social.

En relación con la dialéctica de reforma y revolución plantea, “... el hecho de que la solución definitiva sea (...) la revolución social proletaria, no indica que se deba ser ajeno a las reformas en el sentido revolucionario de las palabras ya que no son antagónicos estos conceptos (...) Cada avance no es una meta, sino un escalón, para seguir ascendiendo, o un arma más que se gana al enemigo para vencerlo...”

Fue ajeno a todo antagonismo entre reforma y revolución, pero reconociendo justamente el alcance de cada uno de estos procesos, para no confundirlos ni identificarlos en su contenido. Aquí se aprecia más completa su concepción sobre la revolución social, ajustada a las tesis marxistas-leninistas, pero sobre la base de las condiciones de cada país, posición que le lleva a criticar “... los gritos infantiles de los que nos hablan oscuramente de "movimientos autónomos" sin probarnos que son total y verdaderamente autónomos ante las influencias extranjeras imperialistas.”

Esta crítica al dogmatismo, que no reconoce regularidades en el desarrollo de la revolución, le permite a Mella superar otras tendencias y establecer una diferencia entre lo que denomina nacionalismo burgués y nacionalismo revolucionario, apreciando en este último potencialidades reales para junto a los movimientos proletarios estructurar un bloque social nacional que promueva el cambio revolucionario.

Para precisar más la visión de Mella sobre la revolución social, es necesario tener en cuenta sus puntos de vista sobre el carácter socialista que debía tomar la revolución en Cuba y América Latina, pero articulando las experiencias de otros procesos ya iniciados con estas realidades contextuales.

En “Imperialismo, tiranía, soviet”, publicado en 1925, muestra la asunción sin reservas del ideal socialista, situándolo en el horizonte de la perspectiva histórica de la región. Allí plantea, en correspondencia con el momento histórico cómo “... al hacer las revoluciones en este siglo hay que contar con un nuevo factor: las ideas socialistas en general, que con un matiz u otro, se arraigan en todos los rincones del globo. // La revolución en las factorías de la América no puede ser para derrocar un tirano y poner otro disimulado. Hay que cambiar junto con los hombres los sistemas (...) Los revolucionarios de la América no pueden desconocer esta verdad...”

Reconocía que las revoluciones en otros continentes aportaban experiencias a los revolucionarios de América, podían ser fuente de inspiración para ellos, pero evitando dogmatizar el pensamiento y la práctica revolucionaria en nuestros países, con una aplicación estandarizada de dichas experiencias al contexto cubano y latinoamericano.

Se pronuncia al respecto en un artículo publicado en febrero de 1924, con motivo de la muerte de Vladimir Ilich Lenin, a quien le reconoce méritos excepcionales por su obra teórica y práctica en favor del socialismo. En el mismo, al hacer una valoración de las repercusiones que la Revolución Socialista por él dirigida tuvo y tendría para los pueblos de la región plantea: “No pretendemos implantar en nuestro medio, copias serviles de revoluciones hechas por otros hombres en otros climas, en algunos puntos no comprendemos ciertas transformaciones, en otros nuestro pensamiento es más avanzado pero seríamos ciegos si negásemos el paso de avance dado por el hombre en el camino de su liberación.”

Si tenemos en cuenta que en las actuales condiciones del mundo hegemónico unipolar, el socialismo, en tanto Mella lo describía como socialización de los medios de producción, no sólo es un resultado lógico del desarrollo de las fuerzas productivas, sino única alternativa para la supervivencia, dada la limitación histórica del capitalismo, se ha de tener muy presente no incurrir en los errores que frustraron las experiencias de Europa del Este y la URSS. En ello el pensamiento de Mella tiene mucho que aportar, pues constituye una expresión de originalidad a la hora de concebir la construcción socialista en un medio diferente al que se originó, y por lo tanto, con pretensión de autenticidad.